

La Mosca Blanca

Director: Marcial de los Ríos.

Los miércoles de La Mosca

La semana ha pasado sin dejarnos ningún suceso de los que ordinariamente suelen ser asunto de estas crónicas: ni un mal cambio de ministerio (que, por supuesto, dado el actual no podía ser muy malo), ni un crimen que merezca ser contado, (porque á crímenes vulgares ya estamos hechos), ni una noticia en fin, digna de pasar á las generaciones venideras en las columnas de este periódico, que ojalá leyera una pequeña parte de la generación presente.

El invierno está soso como una novia primiza y ni siquiera podemos hablar del tiempo, porque entre el frío y el calor, medio en invierno medio en verano, según los días, solo podríamos decir, recordando la frase de aquel alcalde aragonés, que aquí no hay clima.

Lo único que parece que ha llamado algo la atención de las gentes estos días es la cuestión de los vinos, que es una cuestión capitalísima, aparte de porque están interesadas en ella muchas capitales, porque se trata de algo que se sube á la cabeza y que se sube lo menos de dos modos, en vista de las decisiones de la nación vecina, que, dicho sea de paso, y á pesar de las apariencias, ha sido siempre para nosotros más que la vecina, el casero.

Por supuesto, que buena se la van á encontrar nuestros vecinos con la decisión de las señoras aristócratas, que para demostrarles hasta dónde llega y lo que puede el descontento de una nación... descontenta, se han propuesto no vestirse con trapos de Francia, y hasta puede ser que lo cumplan!

¡Ya verán ellos lo que puede esta nación en cuyos dominios no se ponía antes el sol, cuando en sus dominios no se pongan las damas trajes de París!

Sobre todo sin que nadie se entere ¿eh? que á la chita callando... ¡verán ustedes cómo se pasean las mismas *toilettes* por esta nación ofendida!

Digo; como no salgamos ahora con que hay mejores modistas y géneros más bonitos en otras partes, porque en ese caso...

¡Ya verán Vds. lo que son las hijas de Eva! Ya que de novedades extraordinarias no podemos dar cuenta á Vds., y entre otras razones porque no las ha habido, podemos hablarles de un timo que si no es nuevo, porque en esto de los timos *nihil novum sub sole* no deja de tener algo por lo que merezca contarse.

Se trata de un individuo, decentemente vestido, que ha tomado, además de otras cosas, la costumbre de situarse en las escaleras de las casas y esperar allí á que alguien suba ó baje, para... una porción de cosas.

Por ejemplo: contarles entre unos gemidos y unos sollozos que parecen tomados del natural, que ha recibido una coz de un burro ó de un concejal, ó que ha sido atropellado por un agente de orden público ó por un tranvía, hasta que consigue ablandar el corazón del ciudadano ascendente ó descendente.

Para conseguirlo mejor, exhibe también una llaga, auténtica como llaga al óleo, y le jura á uno por su *maresita* que no tiene bastante dinero suelto para poder ir á la farmacia á que le embadurnen la supradicha llaga con la primera pez que eucuentren.

No falta quien es capaz de tragarse el mapa mundi y ¡claro! de vez en cuando alguno le socorre con más ó menos largueza, y vamos viviendo.

Por si encuentran Vds. algún día á ese eterno atropellado, sepan que no han de apresurarse aunque no tengan á mano para socorrerle: toma de todo, especies inclusive.

Ahora que me acuerdo: ¿ustedes fuman?

¿Si? Pues unamos nuestros votos para que la Tabacalera, que por despachar las cajetillas de engomados con las que nadie se atreve á suicidarse, nos está escaseando las *encarnadas*, se ponga á dos pasos de reventar y después á paso y medio y después á quince mil leguas mas allá.

Que más camino que ese tiene uno que andar recorriendo todas las expendedorías para no encontrar al fin una mala cajetilla de *cuarenta*, como si la regalaran después de todo.

Y no hablemos más ¿eh? porque si no voy á acabar pidiéndoles á Vds. un cigarrito.

MARIO.

TRAVESURAS INFANTILES, *por Lago*

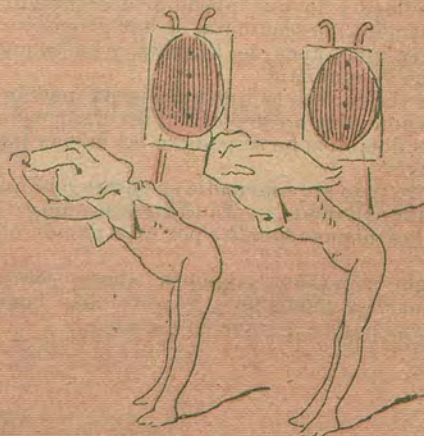


A consecuencia de sus travesuras los gemelos Bartolo y Lotario, son encerrados en el taller de su papá.

por lo cual se ponen á lloriquear.



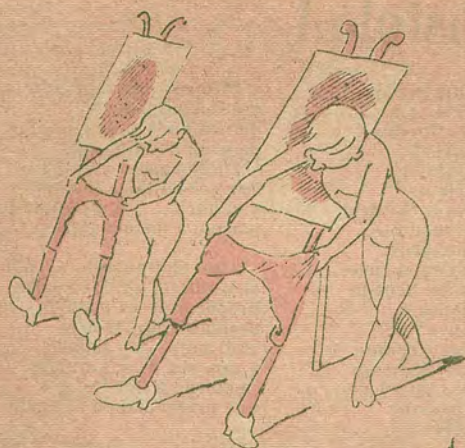
Pero pasados los primeros momentos se reponen y examinan los objetos que les rodean.



y conciben una idea la cual ponen en ejecución al instante

y quedándose en pelota

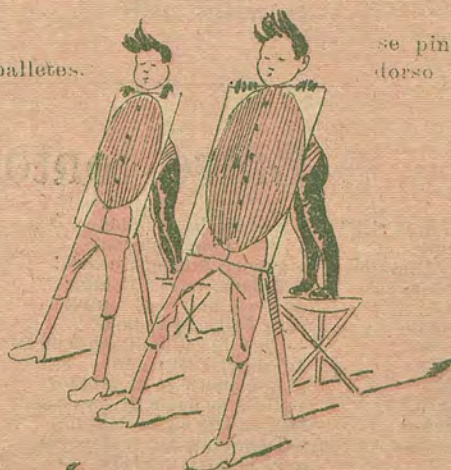
TRAVESURAS INFANTILES, *por Lago*



aplican sus ropas á los caballetes.



se pintan mutuamente el dorso en esta forma



y arrimando unas sillas, se encaraman á ellas.



y dando una voltereta encima de los caballetes dan el gran susto á su mamá, que entre en aquel instante;



pero pasa el pánico y la maldad es castigada debidamente.

¡ A Pistola !

Por yo no sé qué cuestión, según refiere *El Progreso*, entablóse en el Congreso una seria discusión.

El ministro de la Guerra disertaba acalorado sobre si algún diputado quiso echar al *modus* tierra.

Y el diputado argüía exclamando con despecho: —Es lo que el Gobierno ha hecho un acto de cobardía...

Acto denigrante, un acto que humilla á nuestra nación.

¡Esta es mi declaración de la cual no me retracto!—

El de la Guerra, ofendido por el fogoso orador,

se puso de mal humor, y se dió por *aludido*.

Poco después la *Gaceta* dijo que había enviado el ministro al diputado un amigo y su tarjeta.

La mesa, al prever el duelo, y ante aquel caso inaudito, ponía el cielo en el grito, ¡qué digo! el grito en el cielo.

Del Congreso y del Senado afluyeron comisiones, pero sin oír razones quedó el duelo concertado.

Y en aquél lance de honor, porque en el lance intervino, del ministro fué padrino un reputado escritor.

Otro escritor reputado y ministerial *per sé*, que en nada intervino, fué padrino del diputado.

Fijóse el sitio y el día de rigor en tales casos, y el duelo. . . á cuarenta pasos, porque á pistola sería.

Aquí el diputado. . . allí el Ministro; ambos á solas prepararon las pistolas, después apuntaron y al disparar con anhelo á una voz de sus amigos, ¡mataron á dos testigos que presenciaban el duelo!

SEGUNDO CERNUDA.

Entre tontos

—Conque dices que es muy rica?

—Te lo digo y lo confirmo.

—¿Y es honrada?—Muy honrada.

—Pues entonces no me esplico la causa de tus razones por más que busco y cavilo.

Si es honrada y buena chica,

¡Canario! cómo ha podido pecar dos veces seguidas?

—¡Velay! por algún capricho.

—¿Un capricho? ¡Caracoles!

¡pues vaya unos caprichitos!

Y dices tiene...

Dos niñas:

dos hermosos lucerillos capaces de volver locos á los hombres más tranquilos; pues tienen, según un vate muy cursi, y compadre mío, *mucho aquel, mucha potencia y muchísimo atractivo*.

—Y yo, tonto, que la amaba

y que estaba decidido á jurarla amor eterno,

y á entregarla mi albedrío!

—Todavía estás á tiempo:

pues yo, no veo el motivo para deshacer la boda.

—¿Que no ves motivo has dicho?

Te casarías sabiendo

lo que ahora yo he sabido?

—¡Pues no había de casarme!

Hay en ello algún delito?

—Tienes muchas tragaderas,

pero yo no las envidio.

—Antes que pasar por... *eso*,

prefiero pegarme un tiro.

—No seas *pampli ni memo*,

y no digas desatinos.

La mujer á quien tú quieres

es honrada: lo atestiguo.

—Entonces ¿por qué decías

aquello de los caprichos?

—¡Hombre! por pasar el rato

divirtiéndome contigo.

—Mil gracias...

—No las merece.

(¡Si será *panóli* el niño!)

—Luego queda demostrado

que todo una broma ha sido

y que no tiene mi novia

las dos *niñitas*...

—Distingo:

las niñas de que te hablaba

aun las tiene.—¡Por Dios trino!

Pues no acabas de decirme

que era una broma?

—Y lo digo:

pero las niñas las tiene,

porque yo me he referido

á las dos *hermosas niñas*

de sus *ojos expresivos*.

—¡Si te hubieras explicado!...

—¡Sinó fueras tan borrico!...

A. LIMINIANA.

Los besos de oro

(CUENTO DE HADAS)

I

Pequeños, tan pequeños, que hablaban apenas, halláronse un día en medio de un camino. Ella salía de un matorral, él de una zanja;—¿qué madres sin entrañas los habrían abandonado?—y al momento asiéronse riendo, de las manos, y echaron á andar juntos.

Lloviznaba en aquel momento, pero á lo lejos distinguíase la costa iluminada, y caminaron hasta donde hacía sol. Desde aquel día no si-

guieron otro itinerario que el de la luz y el buen tiempo.

Hubieran muerto de hambre y de sed si no existiesen arroyuelos que se deslizan entre las matas, y si las buenas mujeres de las aldeas no les hubieran dado de vez en cuando algunos pedazos de pan de los que echaban á las gallinas.

Causaba pena verles tan débiles y tan pálidos; pero un día, ya grandecitos, se sorprendieron á sí propios con las manos estrechamente enlazadas y palabras de ternura y de cariño en los labios.

Desde entonces no se cuidaron ya de su miseria; ¿qué les importaba ser infortunados ó no si se amaban?

Vestidos de andrajos, por cuyas roturas los tostaba el sol y los mojaba la lluvia, maldito si envidiaban á las gentes que usan en el estio

frescas telas y en invierno capas forradas de pieles.

Andaban de pueblo en pueblo, y deteniéndose en las plazas, delante de las casas de mejor apariencia ella entonaba coplas, él repicaba la pandereta, y como eran de tan agradable aspecto los dos, solían obtener de limosna algunos cuartos.

Si no recogían nada tampoco se entristecían; todo era acostarse en ayunas, y bien puede soportarse el estómago vacío cuando se tiene lleno el corazón.

II

Un día, empero, sintiéronse muy tristes.

Hacia un frío horrible; llevaban tres días sin recoger limosna alguna, y no pudiéndose apenas sostener, habíanse refugiado en un cobertizo, por cuyas grietas entraba á su sabor el aire helado.

Por más que se acurrucaban, que se estrechaban el uno contra el otro, tiritaban que era una compasión... A la desesperación del instante se unían la zozobra del mañana.

¿Írían á morir abandonados de todos sobre un montón de piedras, menos duras que los corazones humanos?

—¡Dios mío! exclamó ella; tantas personas que duermen á su gusto en aposentos abrigados, mientras que nosotros estamos aquí, temblando de frío, como pobres pajarillos sin nido y sin plumas!

El no respondió: lloraba.

Mas de improviso imaginaron que se habían muerto y estaban en la gloria; tal era el resplandor, en medio del cual, y tan hermosa como un ángel, se les apareció una dama vestida de brocado rojo y con una varita de oro en la mano.

—¡Pobres niños! exclamó; vuestra desdicha me conmueve y quiero auxiliáros. Después de haber sido mas pobres que los más miserables, vais á ser más ricos que los más opulentos.

—¿Y cómo? preguntaron ellos creyendo soñar.

—Soy un hada, y lo puedo todo. En adelante cada vez que uno de vosotros abra la boca, echará por ella una moneda de oro; en vosotros consistirá, por lo tanto, poseer cuantas riquezas se os antoje.

El hada desapareció, y como, á causa del asombro, quedáronse los adolescentes con la boca abierta, empezaron á caer de sus labios zeques, doblones, florines y tantas y tan brillantes monedas que hubiérase dicho que llovía oro.

III

Poco tiempo después no se hablaba de otra cosa en aquellos países que de un príncipe y la princesa, su esposa, que habitaban un palacio grande como un pueblo y resplandeciente como un cielo estrellado. ¡Como que los muros exteriores eran de jaspes riquísimos incrustados de pedrerías!

Y esto era nada comparado con el interior. Sería cuento de nunca acabar describir los magníficos muebles, las estatuas de oro, las arañas de piedras preciosas que decoraban los salones. Ofuscábanse los ojos al mirar tantas maravillas.

Los señores del palacio daban en él festines que todo el mundo juzgaba incomparables. Mesas tan grandes, que todos los habitantes de la ciudad podían sentarse en ellas, ofrecíanse cubiertas de manjares exquisitos y de vinos famosos. Los servidores trinchaban en fuentes de oro faisanes de Tartaria, y los escanciadores vertían vinos de Tockay y de Jerez en copas talladas de una sola piedra fina.

Lo que más regocijaba á los comensales de los príncipes es que éstos, apenas abrían la boca para comer ó para hablar, dejaban caer monedas de oro que los criados recogían en canastillos y repartían á los pobres entre los convidados.

El renombre de aquellas riquezas y liberalidades se difundió tanto, que llegó hasta el reino de las Hadas.

Una de ellas, la que se había aparecido vestida de brocado rojo en el cobertizo abierto á los cuatro vientos, determinó visitar á sus protegidos para contemplar de cerca la dicha que les había procurado y recibir la expresión de su gratitud.

Mas cuando al oscurecer penetró en la cámara suntuosa donde el príncipe y la princesa se habían retirado, quedó profundamente sorprendida, porque en vez de darle las gracias henchidos de júbilo, echáronse á sus piés con los ojos arrasados de lágrimas y sollozando de dolor.

—¿Es posible, dijo el hada, que no estéis contentos con vuestra suerte?

—¡Ay, señora! somos de tal modo desgraciados que si no os apiadáis de nosotros, moriremos de pesar.

—¿Cómo! ¿Aun no sois bastante ricos?

—¡Lo somos demasiado!

—¿Preferiríais, en vez de arrojar monedas de oro por la boca, arrojar záfiro y diamantes?

—¡De ningún modo!

—Decidme, pues, lo que os desconciela, porque á feque no lo entiendo.

—¡Oh hada poderosa! es grato por extremo calentarse cuando hace frío, dormir en lecho de plumas cuando se siente fatiga ó sueño, comer cuando se tiene hambre; pero hay algo más grato todavía, y es besarse cuando se tiene amor. Y desde que somos ricos no gozamos de tal ventura, porque apenas entreabrimos los labios para dar un beso, salen de ellos zeques detestables ó repugnantes doblones y lo que besamos es el oro.

—¡Ah! exclamó el hada. No había pensado en ello; pero ya no hay remedio y es preciso conformarse.

—¡Nunca!... Compadeceos de nosotros. Recoged el don fatal que nos hicisteis.

—Lo haré, pero tened en cuenta de que al perder la facultad de derramar el oro, perdéis igualmente cuantas riquezas habíais adquirido.

—¡No importa!

—Sea, pues, dijo el hada.

Y al tocarlos con su varita halláronse en un cobertizo, por cuyas grietas entraba á su sabor el aire helado; hambrientos, medio desnudos, tiritando de frío, como pobres pajarillos sin nido y sin plumas... ¡pero cuán felices pudiendo cambiar besos de amor!

GALERÍA ARTISTICA, POR ESCALER



UNA ROSA DE PROVENZA
(Cuadro de Calderon.)

EXPOSICION DE BELLEZAS, por Escaler



Gonchas y perlas

I

El sol se hundía en ocaso
entre nubes de oro y grana;
tocó mi barco en la arena
y salté á la hermosa playa.
Pensativa, recogiendo
conchas en la airosa falda,
con los blancos pies descalzos
sobre la arena mojada,
la encontré hermosa esperándome
alegre, tranquila y cándida.
Al verme vino saltando
como una gacela blanca,
con las trenzas de oro sueltas
flotando sobre la espalda,
despidiendo de sus ojos
azules, brillantes llamas
y mostrándome las conchas
en su delantal de lana.

—Son perlas—me dijo—mira:
Son para tí... ¡como mi alma!

II

Alcé el portier de damasco
y entré en la elegante cámara.
Envuelta en bata finísima
de seda azul, recamada
con hilos de oro y adornos
de encajes y blondas blancas,
la cabeza soñadora,
tendido el pelo á la espalda,
recostada entre cojines
de terciopelo de grana,
parecía recordar
su hermosura entre sus galas
el sol, el cielo y las nubes
de aquel día de la playa.
—¡Cuánto has tardado—me dijo

clavando en mí sus miradas;—
si tardas una hora más,
me encuentras ahogada en lágrimas.
—¿A que no aciertas—la dije—
lo que traigo en esta caja?
—¿Qué me traes? A ver...—Pues...
(perlas.
—¡Perlas!—dijo emocionada,
y vi sus ojos azules
brillar con rojizas llamas.
Y abrió la caja y después....
la dejó caer en la falda,
tendió hacia atrás la cabeza
y dijo mientras vagaban
el desencanto en sus labios
y en el aire sus miradas:
—¡Si creí que eran diamantes
y son conchas de la playa!

MARCIAL DE LOS RÍOS.

Medicina ilegal

Desde que se estilan los hombres se usan los remedios para la limpieza y esplendor de su organismo.

Hasta allá en los tiempos más remotos, la humanidad era tan sabia que sin haber jamás leído un tratado de botánica se curaba con las yerbas que encontraba al paso, recetas por cualquier advenedizo, ya que los médicos no estaban en boga.

Por más que las plantas de entonces tenían más propiedades curativas que las de hoy, ya que, según rumores, algunas divinidades, vamos, una especie de Dirección de sanidad divina, les concedía especiales poderes.

Volvió un guerrero de una batalla, partido en dos, no por gala, sinó por el hacha de un enemigo, que le dividió cual si fuera un tronco de alcornoque; su mujer y sus hijos no se apeñaban por tan poca cosa; despojándole de los hierros en que iba envuelto, como la tortuga en su concha, le colocaban en un lecho de sopa á la Juliene, vamos, de yerbas; cocían torongil, zanahorias y berengenas, por ejemplo, en una ánfora con manchas de la época; dejaban enfriar y solidificar, bien colada, el agua en que aquel pisto se había cocido, y con este líquido untaban las partes descosidas del herido, destinando el resto para uso interno.

A las dos tomas de tan rico brebaje ya estaba el héroe hecho un hércules, y dispuesto á cargar nuevamente con tres quintales de peso entre armas, armadura y municiones, y á dejarse partir por el otro lado.

¡Que tenía un cólico cualquier dama, ó le dolían las caries, ó la espinilla! Pues salía al campo y se atracaba bonitamente de musgo verdo-so, ó de tomillo recio, ó de flores de azahar y á la media hora estaba tan sana y hermosa que daba gusto verla.

Y hasta después de morir aquellas gentes continuaban, ó mejor, seguían con ellas el mismo tratamiento.

Por cuatro pesetas en calderilla rellenaban los egipcios el cuerpo de un difunto con flores cordiales, después de macerarle con primor y bañarle en una apetecible disolución alcalina.

Cierto es que á los ricos les salía infinitamente más caro su embalsamamiento; pero en cambio los lavaban con extracto de mirra y agua de rosas primerizas y de Carabaña, y los rellenaban de camelias y otras flores superiores y artículos de perfumería ingleses y agua de colonia de Farina, y los salaban como á los lechones comestibles.

Pero, vamos al caso. Aunque no hubieran existido ninguno de los siete Hipócrates, mal-dita la falta que hubiera hecho.

Siempre ha habido personas que sin estudio alguno, por intuición, han sabido curar todas las enfermedades conocidas, y algunas más.

Desde aquellos sacerdotes asiáticos que invocaban á Esculapio, venerado en sus templos en forma de culebrón con cola retozona, y hoy en algunas farmacias cursis, todo se ha curado siempre, sin facultativos.

Aun gastan los africanos y los indios sacerdotes adivinos, que aunque negros, ó de color cetrino, salvan á sus clientes de la muerte y los sanan con sus exorcismos.

Los amuletos, los signos cabalísticos y hasta taurómacos, las palabras mágicas y las ofrendas á los santos, han dado siempre buenos resultados.

A lo mejor se descuelgan por ahí bandadas de apóstoles que curan todos los males y hasta *resucitan muertos* (que si muertos no fueran, no los resucitarían), con agua destilada ó aguardiente de chinchón y bendiciones gitanas.

Hay sacamuelas inventores de unos maravillosos, y pestilentes, con los que obran prodigios sin cuento, puesto que curan la ictericia, la diarrea y las grietas de los labios, y aun sirven para fortalecer la madera y dan brillo al calzado y afilar los cuchillos.

Muchos séres son doctores como pueden ser mellados ó pelirubios; vamos, sin darse cuenta de ello.

Se encuentran á uno cojeando, por efecto de un ojo de gallo, ó de demonio, y le dicen de buenas á primeras:

—¡Jesús, qué enfermo está usted! Ese color, ese bigote lacio y esa cojera...

—¡Ay! este pícaro pie...

—Eso le parecerá á V.; pero yo he tenido dos amigos, uno de Piedrahita, que es un pueblo muy bello, por más que en él abundan los perros perdigueros, y de Paracuellos el otro, los dos hijos de madres conocidas; pues bien, el uno es comerciante y aficionado al harpa y el otro diputado de la sillería azul, que sabía decir si y no como un lorito, y ambos á dos, después de observar esos mismos síntomas, han tenido ¡ay! mal paradero.

—¿Acaso se han casado ó han ido á presidio?

—¡Oh! eso no; pero el uno *habita* en el Cementerio del Este, conforme se entra á mano izquierda, en clase de difunto, y el otro anda haciendo flexiones con unas muletas verdes.

—Pero, si yo...

—¡Ah!—continúa aquel señor—haga V. lo que yo le digo, ó es hombre al agua. Tome el hígado de bacalao y el hipofosfito de cal á todo pasto, y báñese en agua de almidón con borra y goma arábica; está V. muy enfermo, pero si guarda cama y sigue mis consejos, antes de un mes habrá sanado.

Y se despide embistiendo al paciente con una mirada caritativa que le hace estremecer y pensar:

—¿Quién diría que estoy tan grave! Yo que creía que abriendo en la bota un agujerito...

De las comadres no hay que hablar. Algunas de ellas, por haber nacido en Viernes Santo, pretenden tener una crucecita en el paladar que las distingue de las demás personas, como los perros legítimos de Terranova se diferencian de los que no lo son, por tener el suyo (el paladar) negro, y por consecuencia su saliva—la de las comadres—hace desaparecer el antrax y los diviesos malignos y otras mil cosas peores.

—¡Ay *señá* Gertrudis!, ¡yo rabio!—suele decirles algún amigo.

—Pues apártese de aquí.

—Mire V. cómo tengo el carrillo; parece un melocotón maduro. Si V. quisiera pasarme por él la lengua...

—Hombre, ¡tanto como la lengua...!

—Pues únteme V. con saliva.

—¡Venga V. acá!

Obedece el buen señor, y la *señá* Gertrudis, apoyándole la cabeza contra el marco de la ventana se aproxima á él y le lanza cuatro ó seis escupinajos, que le transforman el dolorido rostro en un arroyuelo *manso*, pero sin murmullo.

—Muchas gracias,—exclama el paciente.—Me parece que ya estoy algo aliviado.

—Sí, pero deje V. que se seque un poco. Póngase cara al sol.

Otras tienen la gracia de recetar con tanto acierto, que todos sanan con sus prescripciones.

—¡Mire V., dice una vecina, presentando un muchacho con las narices y los labios hinchados.

—¡Ave María! Este niño tiene la pepita.

—¡La pepita!—contesta la madre *toda* alarmada.—¡Y la señora Mónica me ha dicho que era el moquillo!

En fin, parece mentira que los médicos puedan hacer negocio donde todo el mundo receta.

—¡Anda, don Simeón! ¡Usted tiene cardenillo! ¿Cómo se ha vuelto verde de la noche á la mañana?

—¡Ay, amigo; yo padecía tercianas, y como para curármelas me mandaron que me metiera en un tonel de aceitunas aliñadas con mucho perejil, parece ser que ha penetrado el color por mis poros, y... ahí verá usted.

JULIO VÍCTOR TOMEY

Rosario

Quisiera ponerte aquí aunque esto lo sabes ya, que hay en tu rostro de hurí unos lábios... ¡hasta allá! y unos ojos... ¡hasta allí! ¿Pero qué de extraordinario tiene que luzcas, mi amor, tu semblante seductor, si hasta tu nombre, *Rosario*, comienza por una flor?

Desde que tu amor me has dado, para ganar el Edén, es el *rosario* mi bien; las veces que lo he rezado quizá ya pasen de cien. Si llegamos á enlazar, aunque no soy millonario, tus gustos has de lograr, pues tendré á dicha pagar las cuentas de mi *Rosario*.

Y si la gloria se gana rezando aunque yo trasnoche tendré una vida cristiana: *rosario* por la mañana, y *rosario* por la noche. Y pues mi pecho te adora y yo soy tu esclavo en todo, no hagas que este amor, traidora, termine del mismo modo que el *rosario* de la aurora.

EDMUNDO DE C. BONE.T

CANTARES, por Fradera



Ya te he dicho que no vayas
por la calle que voy yo,
porque nos mira la gente
y se ríe de los dos.



No he estado en la cárcel
ni lo quiera Dios,
porque a la cárcel van los hombres guapos
y no lo soy yo.



Canta, con melancólica alegría
tristes gozos, pesares halagüeños;
y es tan dulce su voz, que al alma mía
vuelvo otra vez los olvidados sueños.
(Haine.)

TOURISTES, por Mecachis



Un partidario de Ginebra.



Un enemigo de Escocia.



Un amateur de los Países bajos.



Un aficionado á los países desconocidos.

! Buen ojo !

De visita se encontraba en casa de otro señor con cuya amistad se honraba, un cazador, que gozaba fama de gran tirador.

Como era natural, sacó la conversación de caza, pues para el tal era el tema principal y favorita pasión.

Como en tirar no era flojo, cosa que él tenía á gala, dijo sin sentir sonrojo que donde él ponía el ojo ponía también la bala.

Luisito, niño imprudente que se hallaba allí presente, cuando la frase escuchó, con la cara sonriente hacia el cazador corrió

y haciéndole levantar de la butaca en que estaba, se puso atento á mirar y á buscar y rebuscar una cosa que no hallaba.

Mas su padre, comprendiendo que aquella acción era mala, preguntó:—¿Qué estás haciendo? y el niño dijo:—Estoy viendo si está por aquí la bala.

MANUEL LASSA MUÑO

Las mujeres

¡Las mujeres! ¡ah, las mujeres! ¡De cuán distintas opiniones, de cuán diversos pareceres han sido objeto esas señoras desde que Eva apareció en el paraíso en traje *casi* de baile, hasta los presentes tiempos del *polisson*!

Unos mojan su pluma de cisne en las luminosas tintas de la aurora para hacer de la mujer un retrato *al cromo*, al paso que otros amontonan sobre ella los sapos y culebras de la maledicencia, negándola toda perfección moral y extremando los peligros que su belleza encierra para el infeliz que cruza la senda de la vida con el corazón en la mano.... y la boca abierta.

Para uno es panal de rica miel que atrae un mundo de moscas; para otro fuerte dosis de veneno encerrado en brillante y frágil vaso bohemio; para éste una muestra viva de los ángeles que tienen su domicilio legal en la Gloria; para aquél la *continuadora* de la serpiente del Paraíso, puesto que si ésta sedujo á la mujer, la mujer seduce al hombre; y para el de más allá un enigma con moños y tontillo, que nadie alcanza á descifrar.

Lo que se ha dicho en pró y en contra de las mujeres no es, ni mucho menos, para repetido.

¿Quién no ha disparado contra ellas algún epigrama, original casi siempre de la musa Grosería, y quién no ha buscado para ellas en el jardín de la galantería las perfumadas flores de la lisonja?

¡Las mujeres! ¡son tan bonitas las mujeres... de lejos... y de cerca!

Los hombres van á ellas como los pájaros... al grano.

Un hombre se puede pasar sin amigos, sin caballos, sin vacuna, pero no puede pasarse sin una mujer siquiera.

Algunos necesitan dos.

En el *menú* de la vida, la mujer es el plato más delicioso.

—Cuando vea una mujer con vestido *crema*...

me la comería, nos decía un gastrónomo no muy devoto del bello sexo.

—¡Hasta los brutos aman!—murmuramos entre dientes, elevando una mirada de gratitud al cielo.

Los caballeros antiguos y modernos que han dicho pestes de la mujer son infinitos.

Pero la verdad es que todos esos señores, modernos y antiguos, han rendido parias á la mujer y han sentido en su corazón la diamantina punta de las saetas que el niño dios dispara á ojo de cubero, saetas que atraviesan muros de bronce, ¡cuánto más la debil coraza del excepcionalismo con que algunos filósofos de lance resguardan su pecho!

El que más furioso se muestra, en la antigüedad, contra el bello sexo; el que más manchas descubre en ese sol que brilla en la tierra, y que se llama mujer, es Aristóteles, que no solo exagera los defectos físicos de ésta, sino también los morales, negándole esas hermosas virtudes que resplandecen en su alma como los astros en el luminoso azul del cielo, y diciendo de ella cosas que sublevan la bilis hasta de los casados de alguna fecha.

Para él «la hembra es animal defectuoso y su generación accidental y fuera del intento de la naturaleza;» error que propalaron después otros filósofos irascibles, entre ellos Almarico, doctor parisiense del siglo XII, que no podía ver á las mujeres, sin duda porque las mujeres le encontrarían feo y le harían algún cruel desaire, negándose á aceptar sus finezas ó á bailar con él algún.... cotillón.

Pero lo más original del caso es que el señor de Aristóteles, con todo y haber dicho tantas desvergüenzas filosóficas de la mujer, tenía una debilidad, y era el bello sexo, tanto, que no contento con una, tuvo dos mujeres, y tan enamorado se mostró de la primera, llamada Pitais, hija, según unos, y sobrina, según otros, de Hermias, tiranuelo de Atarneó, que la trató como si fuese una deidad y dióla incienso, y pocos, muy pocos disgustos domésticos; los indispensables para no faltar á la tradición de los casados.

Y no sólo el señor de Aristóteles tuvo dos

mujeres muy bonitas, sino que la crónica escandalosa de la época cuenta de él cosas capaces de poner colorado á un sargento de artillería, con una *criaduela* de buenas carnes y ojos atrevidos y dadivosos y caritativa de corazón; si bien Plutarco, enemigo sin duda de los chismes de vecindad, pone en cuarentena este hecho, satirizado por Teócrito Chio en un epigrama que levanta roncha.

¡Y fuese usted de los que hablan mal de las mujeres!

La mujer sufre frecuentes metamorfosis.

Hasta los diez y ocho ó los veinte años, es un ángel....

Y ángel con alas y todo... ¡como que algunas vuelan como sus amantes!

Cuando se casa (si se casa, lo cual va siendo más inverosímil de lo que parece), esto es, cuando el ángel pierde las alas y la inocencia (vamos al decir), se convierte en mujer.

(Pasada la luna de miel muchas suelen trocarse en demonios).

Después se convierte en suegra, y después viene la vejez con sus nieves, que al platear la dorada ó negra cabellera que tantos madrigales inspirara, no siempre apaga el fuego que arde en su corazón, porque viejas hay capaces de declararse al barrio entero, que es como si en el barrio se declarase el cólera.

Digan lo que quieran Aristóteles y sus secuelas, como las mujeres no hay nada, mientras se conservan en buen estado y apetitosas.

¡Qué bonitas son las rubias! ¡qué adorables las blancas! ¡y qué fuego en las trigueñas! Es imposible que esos seres delicados y primorosos sean tan endiablados como suponen algunos.

Porque si los diablos fuesen como las mujeres, el infierno sería punto concurridísimo y frecuentado por todos los que parten de este mundo sin dirección fija ni objeto determinado.

Hay quien tiene una afición verdaderamente loca al género femenino.

Y uno de los que no se quedan atrás es seguramente Paco, á quien la otra noche quejéase amargamente cierto amigo.

—¡Pero hombre! le decía; me has quitado la novia y esto no está bien hecho. Yo esperaba más de tu amistad...

—¿Todavía más?

—¡Arrebatairme esa mujer... antes de unirme á ella!

—No te quejes, chico: se la he quitado á otra porción de amigos y eso debe consolarte.

—¿A otra porción de amigos?

—Sí.

—¡Pues es afición la que tienes á las mujeres!... ¿eres coleccionista?

CASIMIRO PRIETO.

QUID PRO QUO

Se amaban con la pasión que los novios de Teruel. Caridad y Rafael, Antonino y Asunción.

Pero quiso su destino que trabasen amistad, Asunción y Caridad y Rafael y Antonino.

Simpatizando los cuatro de suerte, que noche y día, unidos se les veía en paseo y en teatro.

Y al año de su amistad encadenó amor cruel, á Asunción y Rafael y á Antonino y Caridad.

Y mutuamente inconstantes á sus primeros amores, burlados y burladores se vieron los cuatro amantes.

Y ya deshechas las bodas decían con rudos modos: Ellas.—¡Qué viles son todos! Ellos.—¡Qué infames son todas!

J. MARTÍNEZ MEDINA.

BOTICA

Deseoso nuestro dibujante de introducir alguna reforma en LA MOSCA, en vista de que las reformas están de moda, fué y ¿qué hizo? dibujar en la piedra en el sitio en que le pareció bien el retrato de Goula y quedarse tan satisfecho.

Así es que este número, como habrán reparado Vds., va á la inglesa, por lo cual, yo en nombre de todos les pido humildemente perdón y saco á él, á Escaler, á la vergüenza pública, para que sepan Vdes. que también dibuja mal, y hasta para que vean los inconvenientes de pensar demasiado en la novia.

Porque á mí la única duda que me queda respecto á si estaba pensando en su novia en el momento de ponerse á dibujar aquello, es que no la tiene!...

Al salir de Lisboa el otro día con dirección á Ceuta unos cuantos penados, que marchaban á sufrir su condena, se despidió uno de ellos de su esposa, de manera tan tierna, que fué tan fuerte el ósculo postrero que le arrancó la lengua.
(Si hay alguno que quiera entretenerse saque la moraleja).

Estamos amenazados de una gran desgracia. ¿Quiéren Vds. saberla?

Bueno, pues en secreto ¿eh? no vayan Vdes. á descubrirme y me echen á mí la culpa del cataclismo.

¿Que si se trata del fin del mundo? ¿De la guerra europea?

De algo peor, señores, de algo peor: se va á cortar la coleta Lagartijo.

¡Sálvese quien pueda!

La Moscú Blanca



Juan Goula